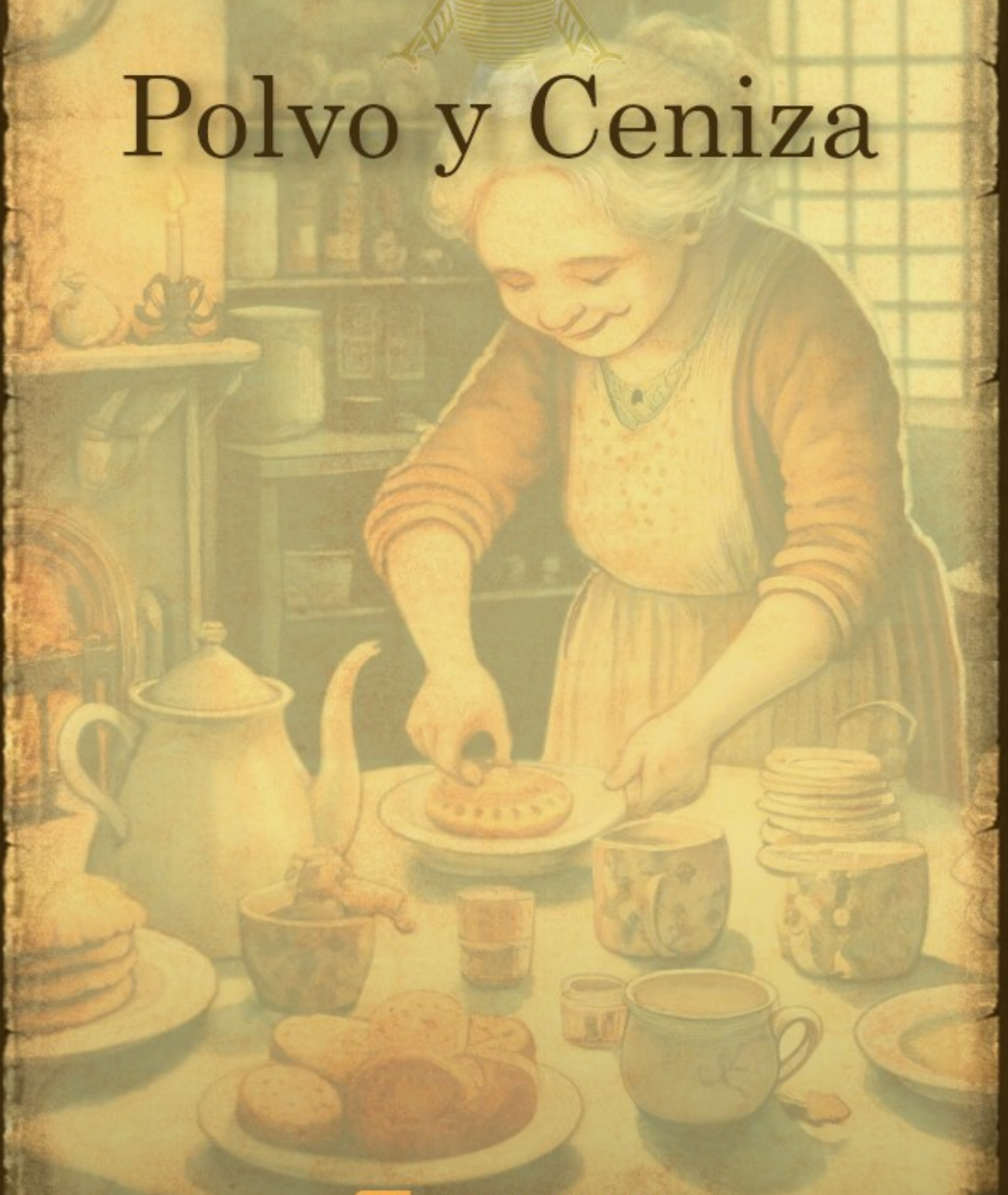


James Joyce

Polvo y Ceniza



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

POLVO Y CENIZA

JAMES JOYCE

PUBLICADO: 1914

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG**

POLVO Y CENIZA

La matrona le había dado permiso para salir tan pronto como terminara el té de las mujeres, y Maria esperaba con ansias su salida nocturna. La cocina estaba impecable: la cocinera decía que podías verte reflejado en las grandes calderas de cobre. El fuego estaba agradable y brillante, y en una de las mesas laterales había cuatro enormes barmbracks. Estos barmbracks parecían sin cortar; pero si te acercabas, verías que habían sido cortados en largas y gruesas rebanadas uniformes y estaban listos para ser repartidos en el té. Maria los había cortado ella misma.

Maria era una persona muy, muy pequeña, pero tenía una nariz muy larga y una barbilla muy larga. Hablaba un poco por la nariz, siempre de manera tranquilizadora: "Sí, querida," y "No, querida." Siempre la llamaban cuando las mujeres se peleaban por sus cubetas y siempre lograba hacer la paz. Un día la matrona le había dicho:

— ¡Maria, eres una verdadera pacificadora!

Y la submatrona y dos de las damas de la Junta habían oído el cumplido. Y Ginger Mooney siempre decía lo que no haría al tonto encargado de los hierros si no fuera por Maria. Todos querían mucho a Maria.

Las mujeres tomarían su té a las seis en punto y ella podría salir antes de las siete. De Ballsbridge a la Pilar, veinte minutos; de la Pilar a Drumcondra, veinte minutos; y veinte minutos para comprar las cosas. Estaría allí antes de las ocho. Sacó su monedero con los broches de plata y leyó nuevamente las palabras Un regalo de Belfast. Le tenía mucho cariño a ese monedero porque Joe se lo había traído cinco años antes cuando él y Alphy ha-

bían ido a Belfast en una excursión de Whit-Monday. En el monedero había dos medias coronas y algunas monedas de cobre. Tendría cinco chelines libres después de pagar el pasaje del tranvía. ¡Qué noche tan agradable tendrían, todos los niños cantando! Solo esperaba que Joe no llegara borracho. Era tan diferente cuando bebía.

A menudo él había querido que fuera a vivir con ellos; pero ella se sentiría estorbando (aunque la esposa de Joe era muy amable con ella) y se había acostumbrado a la vida de la lavandería. Joe era un buen hombre. Ella lo había cuidado a él y a Alphy también; y Joe solía decir a menudo:

—Mamá es mamá, pero Maria es mi verdadera madre.

Después de la ruptura en casa, los chicos le habían conseguido ese puesto en la lavandería Dublin by Lamplight, y a ella le gustaba. Solía tener una mala opinión de los protestantes, pero ahora pensaba que eran gente muy agradable, un poco tranquila y seria, pero aún así gente muy agradable con la que vivir. Además, tenía sus plantas en el invernadero y le gustaba cuidarlas. Tenía helechos y plantas de cera preciosas y, siempre que alguien la visitaba, le daba al visitante uno o dos esquejes de su invernadero. Había una cosa que no le gustaba y eran los folletos en los paseos; pero la matrona era una persona tan agradable para tratar, tan gentil.

Cuando la cocinera le dijo que todo estaba listo, fue a la sala de las mujeres y comenzó a tocar la gran campana. En unos minutos, las mujeres comenzaron a entrar de dos en dos y de tres en tres, secándose las manos humeantes en sus enaguas y bajando las mangas de sus blusas sobre sus brazos rojos y humeantes. Se acomodaron frente a sus enormes tazas, que la cocinera y el tonto llenaron con té caliente, ya mezclado con leche y azúcar en enormes latas de estaño. Maria supervisó la distribución del barmbrack y se aseguró de que cada mujer recibiera sus cuatro rebanadas. Hubo muchas risas y bromas durante la comida. Lizzie Fleming dijo que Maria seguro se llevaría el anillo y, aunque Fleming había dicho eso durante muchos *Hallow Eves*, Maria tuvo que reír y decir que no quería ni anillo ni hombre; y cuando reía, sus ojos verde grisáceo brillaban con timidez decepcionada y la punta de su nariz casi se encontraba con la punta de su barbilla. Entonces Ginger Mooney levantó su taza de té y propuso un brindis por la salud de Maria mientras todas las demás mujeres hacían sonar sus tazas en la mesa, y dijo que lamentaba no tener un sorbo de cerveza para beberlo. Y Maria

volvió a reír hasta que la punta de su nariz casi se encontró con la punta de su barbilla y hasta que su diminuto cuerpo casi se desintegró porque sabía que Mooney tenía buenas intenciones aunque, por supuesto, tenía las nociones de una mujer común.

Pero, ¿no estaba Maria contenta cuando las mujeres terminaron su té y la cocinera y el tonto comenzaron a recoger los utensilios del té? Fue a su pequeño dormitorio y, recordando que a la mañana siguiente era una mañana de misa, cambió la hora de la alarma de las siete a las seis. Luego se quitó su falda de trabajo y sus botas de casa y extendió su mejor falda en la cama y sus diminutas botas de vestir junto al pie de la cama. También se cambió la blusa y, mientras estaba frente al espejo, pensó en cómo solía vestirse para la misa del domingo por la mañana cuando era una niña; y miró con curioso afecto al diminuto cuerpo que había adornado tantas veces. A pesar de sus años, lo encontraba un cuerpo lindo y ordenado.

Cuando salió, las calles brillaban con la lluvia y estaba contenta de llevar su viejo impermeable marrón. El tranvía estaba lleno y tuvo que sentarse en el pequeño taburete al final del coche, frente a toda la gente, con los dedos apenas tocando el suelo. Arregló en su mente todo lo que iba a hacer y pensó lo mucho mejor que era ser independiente y tener su propio dinero en el bolsillo. Esperaba que tuvieran una noche agradable. Estaba segura de que la tendrían, pero no podía dejar de pensar en qué lástima que Alphy y Joe no se hablaran. Siempre estaban peleando ahora, pero cuando eran niños solían ser los mejores amigos: pero así es la vida.

Bajó del tranvía en la Pilar y se abrió camino rápidamente entre la multitud. Entró en la pastelería Downes, pero la tienda estaba tan llena de gente que pasó mucho tiempo antes de que la atendieran. Compró una docena de pasteles surtidos de un penique y, por fin, salió de la tienda cargada con una gran bolsa. Luego pensó en qué más comprar: quería comprar algo realmente bueno. Seguro que tendrían muchas manzanas y nueces. Era difícil saber qué comprar y lo único en lo que podía pensar era en pastel. Decidió comprar un pastel de ciruelas, pero el pastel de ciruelas de Downes no tenía suficiente glaseado de almendra en la parte superior, así que fue a una tienda en Henry Street. Aquí tardó mucho en decidirse y la joven elegante detrás del mostrador, que evidentemente estaba un poco molesta con ella, le preguntó si quería comprar un pastel de bodas. Eso hizo que Maria se sonrojara

y sonriera a la joven; pero la joven se lo tomó muy en serio y finalmente cortó una gruesa rebanada de pastel de ciruelas, la envolvió y dijo:

—Dos y cuatro, por favor.

Pensó que tendría que ir de pie en el tranvía de Drumcondra porque ninguno de los jóvenes parecía notarla, pero un caballero mayor le hizo un lugar. Era un caballero corpulento y llevaba un sombrero duro marrón; tenía un rostro cuadrado y rojo y un bigote grisáceo. Maria pensó que parecía un coronel y reflexionó sobre lo mucho más educado que era que los jóvenes que simplemente miraban hacia adelante. El caballero comenzó a charlar con ella sobre la Noche de Hallow y el clima lluvioso. Supuso que la bolsa estaba llena de cosas buenas para los pequeños y dijo que era justo que los jóvenes se divirtieran mientras eran jóvenes. Maria estuvo de acuerdo con él y le hizo asentir con la cabeza y murmullos discretos. Él fue muy amable con ella, y cuando ella bajó en el Canal Bridge, le dio las gracias e hizo una reverencia, y él le devolvió la reverencia y se quitó el sombrero y sonrió amablemente; y mientras ella subía por la terraza, inclinando su pequeña cabeza bajo la lluvia, pensó en lo fácil que era reconocer a un caballero incluso cuando había tomado una copa.

Todos dijeron: "¡Oh, aquí está Maria!" cuando llegó a la casa de Joe. Joe estaba allí, habiendo llegado a casa del trabajo, y todos los niños llevaban sus vestidos de domingo. Había dos chicas grandes de la casa de al lado y estaban jugando. Maria le dio la bolsa de pasteles al niño mayor, Alphy, para que los repartiera y la señora Donnelly dijo que era demasiado bueno de su parte traer una bolsa tan grande de pasteles y hizo que todos los niños dijeran:

—Gracias, Maria.

Pero Maria dijo que había traído algo especial para papá y mamá, algo que seguramente les gustaría, y comenzó a buscar su pastel de ciruelas. Buscó en la bolsa de Downes y luego en los bolsillos de su impermeable y luego en

el perchero del vestíbulo, pero en ninguna parte pudo encontrarlo. Luego preguntó a todos los niños si alguno de ellos se lo había comido, por error, por supuesto, pero todos los niños dijeron que no y parecían no querer comer pasteles si iban a ser acusados de robar. Todos tenían una solución para

el misterio y la señora Donnelly dijo que era evidente que Maria lo había dejado en el tranvía. Maria, recordando lo confundida que la había dejado el caballero con el bigote grisáceo, se sonrojó de vergüenza, molestia y decepción. Ante el pensamiento del fracaso de su pequeña sorpresa y de los dos chelines y cuatro peniques que había tirado a la basura, casi se echó a llorar.

Pero Joe dijo que no importaba y la hizo sentarse junto al fuego. Fue muy amable con ella. Le contó todo lo que sucedía en su oficina, repitiéndole una respuesta ingeniosa que le había dado al gerente. Maria no entendía por qué Joe se reía tanto con la respuesta que había dado, pero dijo que el gerente debía ser una persona muy autoritaria para tratar. Joe dijo que no era tan malo cuando sabías cómo tratarlo, que era un tipo decente siempre y cuando no lo tomaras por el lado equivocado. La señora Donnelly tocó el piano para los niños y ellos bailaron y cantaron. Luego las dos chicas de al lado repartieron las nueces. Nadie pudo encontrar los cascanueces y Joe casi se enojó por eso y preguntó cómo esperaban que Maria rompiera las nueces sin un cascanueces. Pero Maria dijo que no le gustaban las nueces y que no debían preocuparse por ella. Entonces Joe preguntó si ella tomaría una botella de cerveza negra y la señora Donnelly dijo que también había vino de Oporto en la casa si ella prefería eso. Maria dijo que preferiría que no le ofrecieran nada, pero Joe insistió.

Así que Maria dejó que él se saliera con la suya y se sentaron junto al fuego hablando de los viejos tiempos y Maria pensó que sería una buena oportunidad para hablar bien de Alphy. Pero Joe gritó que Dios lo fulminara si alguna vez volvía a hablar con su hermano y Maria dijo que lamentaba haber mencionado el asunto. La señora Donnelly le dijo a su esposo que era una gran vergüenza que hablara así de su propia carne y sangre, pero Joe dijo que Alphy no era su hermano y casi se armó una pelea por eso. Pero Joe dijo que no perdería la paciencia por la noche que era y pidió a su esposa que abriera más cerveza negra. Las dos chicas de al lado habían preparado algunos juegos de Noche de Hallow y pronto todo fue alegría de nuevo. Maria estaba encantada de ver a los niños tan alegres y a Joe y su esposa de tan buen humor. Las chicas de al lado pusieron algunos platillos sobre la mesa y luego llevaron a los niños a la mesa con los ojos vendados. Uno obtuvo el libro de oraciones y los otros tres obtuvieron el agua; y cuando una de las chicas de al lado consiguió el anillo, la señora Donnelly le hizo una seña con el dedo a la chica sonrojada como diciendo: ¡Oh, ya sé todo al res-

pecto! Luego insistieron en vendar los ojos de Maria y llevarla a la mesa para ver qué obtendría; y, mientras le ponían la venda, Maria reía y reía hasta que la punta de su nariz casi se encontraba con la punta de su barbilla.

La llevaron a la mesa entre risas y bromas y ella extendió la mano en el aire como le habían indicado. Movi6 la mano de un lado a otro en el aire y descendió sobre uno de los platillos. Sintió una sustancia suave y húmeda con los dedos y se sorprendió de que nadie hablara o le quitara la venda. Hubo una pausa de unos segundos; y luego un gran alboroto y susurros. Alguien dijo algo sobre el jardín y, finalmente, la señora Donnelly le dijo algo muy enojada a una de las chicas de al lado y le ordenó que lo tirara de inmediato: eso no era un juego. Maria entendió que estaba mal esa vez y así que tuvo que hacerlo de nuevo: y esta vez consiguió el libro de oraciones.

Después de eso, la señora Donnelly tocó el Reel de Miss McCloud para los niños y Joe hizo que Maria tomara una copa de vino. Pronto volvieron a estar todos muy alegres y la señora Donnelly dijo que Maria entraría en un convento antes de que terminara el año porque había conseguido el libro de oraciones. Maria nunca había visto a Joe tan amable con ella como esa noche, tan lleno de charla agradable y recuerdos. Ella dijo que todos eran muy buenos con ella.

Finalmente, los niños se cansaron y comenzaron a tener sueño y Joe le pidió a Maria que no cantara alguna canción antes de irse, una de las viejas canciones. La señora Donnelly dijo: "¡Por favor, Maria!" y entonces Maria tuvo que levantarse y pararse junto al piano. La señora Donnelly pidió a los niños que se callaran y escucharan la canción de Maria. Luego tocó el preludio y dijo: "¡Ahora, Maria!" y Maria, muy sonrojada, comenzó a cantar con una voz diminuta y temblorosa. Cantó "I Dreamt that I Dwelt" y cuando llegó al segundo verso, cantó nuevamente:

“Yo soñé que habitaba en salas de mármol

con vasallos y siervos a mi lado

y de todos los que se reunían dentro de esas paredes

yo era la esperanza y el orgullo.

Tenía riquezas demasiado grandes para contar, podía jactarme

de un nombre ancestral de gran altura,

pero también soñé, lo que más me complacía,
que tú me amabas igual que siempre."

Pero nadie trató de mostrarle su error; y cuando terminó su canción, Joe estaba muy conmovido. Dijo que no había tiempo como el de antaño y que no había música para él como la del pobre viejo Balfe, sin importar lo que dijeran otras personas; y sus ojos se llenaron tanto de lágrimas que no pudo encontrar lo que estaba buscando y al final tuvo que pedirle a su esposa que le dijera dónde estaba el sacacorchos.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB